

LA PRESENCIA DE LA ARMADA ESPAÑOLA EN LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

José CERVERA PERY
General Auditor (R)

Antes de entrar en materia, permítanme una aclaración. En el programa de estas Jornadas, el título asignado a esta conferencia es el de «Norteamérica y los medios navales españoles». El título, expresado de esta manera, quizá adolezca de falta de concreción y pueda sembrar cierta confusión. Siendo militares la mayor parte de las operaciones realizadas en los territorios de las colonias independentistas norteamericanas, el esencial protagonismo de las mismas fue de Bernardo de Gálvez junto a José María de Cagigal, ambos pertenecientes al Ejército. Pero sin el apoyo y colaboración naval no se habrían podido lograr las sonadas victorias de Baton Rouge, fuerte Dute, Mobile y, sobre todo, Pensacola. Entiendo por tanto que el título correcto de esta conferencia debe ser «La presencia de la Armada española en la independencia de los Estados Unidos», pretendiendo con ello abarcar un mayor campo de motivaciones y resaltar, sobre todo, la importancia del apoyo naval en hombres, barcos y pertrechos, eficaces coadyuvantes de las operaciones en tierra.

En el prólogo que tuve el honor de escribir, en el año 2006, para el libro de Juan Alsina *Una guerra romántica (1778-1883)*, obra verdaderamente excepcional, escribía estos renglones:

«Con la pérdida de la Gran Armada, terminó la hegemonía marítima que había ejercido España durante el siglo XVI, y es a partir de entonces, cuando franceses e ingleses van constituyendo un modelo colonial, sobre todo Inglaterra que, a la postre, se adueña de las colonias rivales y se convierte en reina de los mares. Pero en el último tercio del siglo XVIII pierde las colonias de la costa atlántica americana dentro de una confrontación de amplio espectro con nuevos protagonistas en el ámbito naval como España y Francia en los que alienta un deseo de desquite tras las pérdidas sufridas por el tratado de París. Será por tanto una guerra generalizada, un conflicto de mayores dimensiones y que acabará con la derrota inglesa, humillada en la paz de Versalles de 1783 y obligada a reconocer la independencia de los Estados Unidos. Y de paso, a devolver a España Menorca y la Florida».

Desde esta apretada síntesis enmarco el rumbo de esta comunicación en la que el posicionamiento naval español está en función directa del proceso emancipador de las Trece Colonias, que determina también los diferentes ciclos de la ayuda española: ayuda económica, que comienza en 1776; ayuda diplomática, que arranca tres años más tarde, y ayuda militar, que se prolongará hasta 1781. Naturalmente no haré mención de la primera, que tendrá su tratamiento específico en la jornada de mañana, pero sí abordaré ciertos aspectos de la gestión diplomática porque de ella se derivan las acciones militares y los pactos que sobrevendrán al término de las hostilidades.

La rebelión de las Trece Colonias y el posicionamiento español

Los ingleses debían gran parte de sus éxitos a la eficaz colaboración de sus colonias norteamericanas, donde había una sed de renovación, se difundían las ideas de filósofos y enciclopedistas, se estudiaban los proyectos preparados en el Viejo Mundo, triunfaba el liberalismo económico con las doctrinas de Smith, North y Quesnay, quienes superando el mercantilismo, que reforzaba al Estado, abogaban por la libertad económica, que enriquecía a la nación. En las colonias norteamericanas no había una aristocracia imperante, pero se había desarrollado una auténtica burguesía que arrastraba a las demás clases sociales (el propio George Washington era un acaudalado terrateniente de Virginia). Las teorías de Locke o Montesquieu aportaban ideas básicas a los programas revolucionarios. Así se iba gestando la gran transformación, y en este ambiente parecía empeño temerario imponer una fiscalidad abusiva para cubrir el enorme déficit ocasionado por los desmedidos gastos militares británicos. La resistencia americana llegó a la rebeldía y la lucha armada. Al grito de «¡ningún impuesto sin representación!» tuvieron lugar los incidentes del puerto de Boston en 1775, que se extienden a los demás estados, y la lucha comienza en abril de 1775, en Concordia, al norte de la ciudad de Massachusetts. Este primer acto de la guerra tendrá también sus repercusiones políticas ya que, el 4 de julio de 1776, un congreso de representantes de las Colonias reunido en Filadelfia proclama la independencia de una confederación de estados. Los acontecimientos se precipitaban. A las órdenes del general Howe, 50.000 británicos desembarcan en América y el Congreso norteamericano ha de refugiarse en Baltimore.

En Francia, el ministro de Exteriores, Vergennes, se preparaba abiertamente para la guerra contra Inglaterra, pero partiendo de una contradicción, según escribe el famoso historiador Pirenne. Por una parte, alentaba y ayudaba a las colonias inglesas en su rebeldía, y por otra, prohibía en París la «Declaración de los Derechos del Hombre» e imponía a su vez una creciente presión fiscal para afrontar el galopante gasto militar, lo que terminaría provocando la Revolución francesa. Pero el gobierno francés solo pensaba en la revancha, y la Revolución norteamericana era una oportunidad única para darle curso. Francia quiere salvarse de sus dificultades a costa de la derrota inglesa; cuenta

con el mercado norteamericano y además ya no tiene colonias que defender. Su lucha es la lucha por el poder. Y la revuelta americana produjo una gran alegría en Francia. Los intelectuales y filósofos, como Voltaire, Condorcet, Rousseau..., se pusieron de su lado, olvidando que se trataba de sus antiguos vencedores, los que les habían arrebatado el Canadá.

La posición española era distinta. España tenía mucho más que perder y debía actuar con prudencia. Compartía frontera con Inglaterra en América y, desgraciadamente, en Gibraltar y Menorca. Además, los franceses no nos habían apoyado en la crisis de las Malvinas e incluso, en aquel momento, el gobierno español tiene que ocuparse de la flota pesquera pendiente de regresar del Atlántico norte, de un ejército que hay que repatriar del Río de la Plata y de una flota que trae grandes recursos para las debilitadas arcas nacionales. Por añadidura, España no lucha a muerte contra Inglaterra; solo quiere recobrar lo que es suyo y, antes de llevar la guerra a sus fronteras americanas, necesita aclarar muchos interrogantes, por ejemplo, la importancia real del levantamiento, ya que entonces las noticias llegaban tarde y de manera confusa. Pero hay una afirmación rotunda; tanto el gobierno como la opinión pública estuvieron desde el primer momento sin vacilaciones ni dudas al lado de los colonos norteamericanos, lo que se tradujo en una política de ayuda que se mantuvo constante hasta la intervención militar.

Un dato significativo es la publicación en la *Gaceta de Madrid* de las noticias del levantamiento con un sesgo de clara simpatía por los norteamericanos, lo que constituía evidentemente una toma de posición del propio gobierno, que iniciaba así una política de beligerancia. En este sentido, se enviaron órdenes a Bernardo de Gálvez, en aquellos momentos gobernador de la Luisiana, para que mandara agentes a Pensacola, Jamaica y otras colonias británicas a fin de obtener información sobre la marcha de los acontecimientos y de establecer contactos con los colonos rebeldes. Nuestro primer enviado, Eduardo de Miguel, no pudo llegar a Filadelfia porque fue capturado; mejor suerte tuvieron los diplomáticos Juan Miralles y Diego Navarro.

Es de justicia reconocer que, en este primer momento, Madrid se planteó una cuestión de confianza. ¿Era razonable apoyar la rebelión de las colonias norteamericanas, dado su carácter separatista y antimonárquico? El ministro Grimaldi tiene dudas, no está enteramente de acuerdo, pero deja el poder en noviembre de 1776. Contrariamente, el conde de Aranda es un resuelto partidario del apoyo, y el mismo rey Carlos III lo estima procedente porque entiende que hay que ayudar a los rebeldes desde el primer momento, sosteniendo a fondo su voluntad de liberación.

El razonamiento que lleva a esta conclusión es que España consideró sustancialmente de más interés tener relaciones de vecindad con unos Estados Unidos americanos independientes que con unas colonias inglesas movidas por el juego hegemónico de Gran Bretaña. Inteligentemente, y cuando España aún no había decidido su intervención armada, el embajador británico en Madrid sostenía que apoyar la libertad de las colonias inglesas era abrir el camino a la independencia de las colonias españolas. Pero el gobierno español

entendió que nada era peor que seguir teniendo a los ingleses como vecinos, si bien se admitía que no se trataba de una simple rebelión, sino de un madurado intento de emancipación de unas poblaciones que habían llegado a la mayoría de edad política, y que las colonias españolas tomarían idéntica senda, no inmediata, pero sí inevitablemente. Los hombres de aquella generación parecían preverlo, y el propio conde de Aranda elaborará más tarde un proyecto para crear en la América española tres grandes monarquías en una confederación hispánica, sin que su propuesta tuviera la conformidad real.

Dice un refrán que quien siembra vientos recoge tempestades. Así, entre la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa median seis escasos años. España ha roto su alianza con Francia, y motivos no le faltan para ello, pero el diálogo que España preveía con unos Estados Unidos libres, el diálogo que ofrecía el general Lee, no pudo realizarse.

Así, en este primer tiempo (1776-1779), España no mantiene relaciones formales con los Estados Unidos, pero sí un reconocimiento de beligerancia y una actitud de amistad. Es más, al iniciarse la lucha, Floridablanca propuso al ministro francés Vergennes enviar fuerzas al Caribe como medida de prevención, pero los franceses no lo aceptaron, para no despertar recelos ingleses. Poco tiempo después entrarían en guerra.

Razones estratégicas, conveniencias políticas

Historiadores como Palacio Atard sostienen que la alianza francoespañola contra Inglaterra estaba cargada de sentido común. El tercer Pacto de Familia obedecía a la necesidad española de asegurar un sistema político que garantizase el apoyo real contra Inglaterra, y en el pensamiento europeo de Carlos III jugaban factores de estabilización del frente europeo para consagrarse al rearme naval. Pero en realidad lo que España pretendía era arrancar a Inglaterra, debilitada tras sus cinco años de guerra, las presas que tenía de España, Menorca y Gibraltar. Pero la cuenta salió mal, porque más debilitados que los ingleses estaban los franceses, y se tuvo que pagar un precio muy alto. Las razones estratégicas, aplicadas al quehacer político, no siempre arrojan buenos resultados. Gran Bretaña seguía siendo poderosa en su mentalidad naval, su osadía parecía no conocer límites; pero tampoco era bueno confiar en Francia, gran perdedora de los mares y que quería utilizar nuestra flota y nuestras posesiones como instrumentos auxiliares en su lucha hegemónica. En este punto hay un dato importante: Carlos III, al aceptar la Luisiana, se encargaba de detener la expansión inglesa en América y contener los constantes progresos británicos; y, en efecto, la paz no fue completa porque desde 1763 hasta 1766 se arrastra un armisticio con dificultades para la restitución de Manila y con nuevos abusos británicos en el Caribe y América Central.

En 1770 se había producido un incidente más grave, cuando fuerzas inglesas ocuparon las islas Malvinas y el capitán general de Buenos Aires envió un contingente para desalojar a los invasores. Este archipiélago, descubierto en el

siglo XVI, era considerado por España parte de sus dominios, pero los ingleses, una vez asentados, fundaron una colonia con el nombre de Port Egmont, con la mira puesta en ocupar todo el archipiélago. El marqués de Grimaldi se oponía al enfrentamiento, pero el conde de Aranda aconsejaba la guerra, y el ministro de Exteriores francés, Choiseul, también; pero Luis XV comunica a Carlos III sus deseos de paz. Choiseul es relevado; el conde de Aranda, enviado a París como embajador, y el de Floridablanca, partidario de la paz, ascendido en 1776 a primer secretario de Estado. No obstante, el pacifismo del flamante secretario obedecía únicamente a razones de oportunidad, ya que tenía en el punto de mira la recuperación de Gibraltar y Menorca, baldones para la dignidad nacional. Como Floridablanca consideraba peligroso e imprudente atacar sin aliados, se adoptó una solución muy criticada: devolver Port Egmont a los ingleses, asentamiento que, no obstante, más tarde abandonarían.

En otro orden de cosas, el marqués de Pombal, sabiendo que Francia no apoyaba a España, y confiado en la ayuda inglesa, hizo que fuerzas de Brasil atacaran las posiciones españolas de Río Grande y Laguna de los Patos. Pero tampoco los ingleses se movieron, y una fuerte expedición naval española, al mando de don Pedro de Cevallos, ocupaba el mismo año de 1776 la isla de Santa Catalina y los territorios invadidos. Y así se llegó al tratado de límites del primero de octubre de 1777, el cual, como todo acuerdo con Portugal, implicaba un acercamiento a Inglaterra, por lo que en cierto modo las cosas mejoraban. Pero España seguía teniendo clavadas las espinas de Menorca y Gibraltar, a las que se unían las afrentas de la pérdida de la Florida y el renuncio de las Malvinas. Además, continuaba la agresión y la expansión inglesa en América Central como consecuencia de las paces de Utrecht y París de 1763, las cuales, como todos los tratados injustos, fueron germen de mayores conflictos.

Efectivos en presencia. El escenario americano

Uno de los grandes problemas de la Marina de Guerra española fue proteger la inmensidad de su imperio, repartido por todo el mundo y todos los océanos, tarea en la que siempre se vio desbordada y falta de medios. Por ello, la estrategia consistió en concentrar en unos puertos especialmente fortificados y estratégicamente situados todo el comercio y la actividad naval. Precisaba por tanto de flotas de protección en tiempo de paz y de armadas de combate en épocas de guerra. El rearme naval era un objetivo primordial de la política carloterquista, y en buena parte se consiguió con el incremento de buques en muy pocos años y la intensa actividad de los astilleros, sobre todo el de Ferrol, que diseñaba navíos y fragatas de alto porte con arreglo a los más avanzados planes de construcción naval.

Así, en 1770, año de la invasión de las Malvinas, disponíamos de 51 navíos de línea, 22 fragatas y 29 barcos menores, pero siete años más tarde la Armada española ya contaba con 64 navíos de línea (ocho de ellos de tres puentes), 26 fragatas y 52 buques menores; en total, 142 naves, número que

cuatro años más tarde aumentaría a 163 unidades y 80 navíos de línea. España volvía a ser una potencia naval de primer orden, y ello permitiría ayudar directamente a la independencia de los Estados Unidos. España ya podía contar consigo misma. Había aprendido a luchar contra Inglaterra y a desconfiar de Francia, y estaba acechando una ocasión propicia. La oportunidad se le presentó en el conflicto tridimensional que va a enfrentar a los Estados Unidos con Inglaterra, y a Inglaterra, con Francia y España.

La Marina británica se encontraba al comienzo de la guerra de la independencia americana, es decir, en uno de sus momentos materiales y humanos más bajos del siglo XVIII; a pesar de ello, los años de entreguerras había construido casi una cincuentena de buques de línea y seguía siendo la primera marina del mundo. Y si bien al principio de la campaña fue incapaz de obtener los brillantes éxitos de las campañas anteriores pudo, a fuerza de coraje y continuos desplazamientos, ir conteniendo la ofensiva de la superior marina resultante de la unión de la francesa y la española.

En cuanto a la Marina francesa, disponía en 1778, al iniciarse la guerra, de una flota de unos setenta navíos, la mayoría de ellos nuevos, y además se le dio un gran impulso tanto a la modernización de las antiguas bases navales de Brest y Tolón como a la creación de otras nuevas, en Francia y en las colonias.

A lo largo de la campaña, los ingleses construyeron 43 navíos, capturaron e incorporaron a su escuadra otros trece y perdieron quince, por lo que al final de la misma, en 1783, disponían de un total de 162 navíos, 116 fragatas y algo menos de 200 navíos menores, lo que hacía un total de unos 470 buques de guerra.

Francia construyó 29 navíos, capturó tres y perdió diecinueve, por lo que en 1783 alineaba 76 navíos, unas 70 fragatas y 120 buques menores, es decir, cerca de 270 buques de guerra.

En cuanto a España, construyó 11 navíos y perdió nueve. Terminó la campaña con sesenta y siete, más unas 35 fragatas y 85 buques menores, lo que da un total aproximado de 190 buques de guerra.

Lo más selecto del Almirantazgo inglés y la Marina francesa (D'Estaing, De Grasse, Ovilleirs, Byron, Rodney, Rowley) concurrió al escenario bélico centroamericano. Tales prohombres a veces parecían tener el don de la ubicuidad, trasladándose sin apenas solución de continuidad de un escenario a otro. España aporta a esta nómina, en el ámbito naval, un nombre: el de don Francisco Solano y Bote, más tarde marqués del Real Socorro precisamente por la campaña norteamericana, capitán general de la Armada, protagonista directo en la gran empresa.

Solano y Gálvez: un concierto a dos voces

Jose Solano y Bote nació tierra adentro, en Zorita (Cáceres), el 6 de marzo de 1726, curiosamente cincuenta años antes de la independencia de los Estados Unidos por la que habría de luchar. No entraré en detalles sobre su impecable

biografía de hombre de mar, guerra y paz, porque en los tres aspectos fue figura destacadísima, pero sí quisiera señalar que, en los primeros tiempos de su carrera naval, la mar empezó a llevarle a las Américas y a enfrentarle con los ingleses, porque fue precisamente en las primeras y luchando contra los segundos donde alcanzaría el cenit de su gloria.

En 1763 —año de la paz de Versalles— es nombrado capitán general de la provincia de Venezuela y ciudad de Santiago de León de Caracas, siendo solo capitán de navío, prueba de su capacidad de mando y de sus dotes de organizador y pacificador de territorios conflictivos. En 1770, después de unos años de destinos peninsulares, vuelve a América para ocupar el cargo de capitán general de la isla Española, con la presidencia de su Real Audiencia. Allí, en Santo Domingo, siguió enriqueciendo su hoja de servicios en permanente lucha contra el contrabando y la piratería, capitaneada casi siempre por grey inglesa.

En 1773, después de haber servido cerca de diez años en empleos superiores a su graduación, fue ascendido a brigadier de la Armada y, en 1779, promovido a jefe de escuadra antes de estallar la guerra contra los ingleses. Con las fuerzas combinadas francoespañolas, que dirigían el teniente general don Luis de Córdoba y el conde d'Orvilliers, concurrió Solano a las primeras operaciones navales contra Gran Bretaña, hasta que el 22 de febrero de 1780 se le confirió el mando de una escuadra de 12 navíos de línea que, protegiendo a un numeroso convoy de 12.000 hombres, fue destinado a defender la América Central y las Antillas. Las dificultades de semejante expedición eran evidentes, toda vez que Inglaterra estaba dispuesta a adoptar cuantos medios fuere preciso para interceptar este socorro, del que dependía en buena parte la suerte de la contienda.

Al descubrir un buque inglés, Solano pudo estimar, por el rumbo que llevaba, que Rodney —el temible Rodney, que tenía ya en su haber victorias estimables contra los franceses en Martinica, Santa Lucía y Granada— le esperaba en el paralelo en que tenía que recalar y, por supuesto, antes de reunirse con la escuadra francesa. Fue entonces cuando realizó lo que él mismo denominó oportuno movimiento o *feliz ardid*, que en definitiva consistió en apartarse de la derrota que le había sido marcada, tomando sobre sí toda la responsabilidad



José Solano y Bote, anónimo español del siglo XVIII (Museo Naval de Madrid).

del acto, pero consiguiendo burlar la vigilancia británica y llevar felizmente al puerto de La Habana unas fuerzas de mar y tierra sin las cuales se habrían visto muy comprometidos aquellos dominios. De esta guisa entra Solano en la guerra de la independencia americana, y lo hace a través de un nombre histórico: Pensacola. La Historia recordará los servicios de Solano en la conquista de las dos Floridas, pues Gálvez no habría conseguido sus triunfos sin el oportuno auxilio que recibió del marino, quien en 1782 ascendió a teniente general por sus servicios en aquella guerra, siendo premiado por aquel hecho especial con el marquesado del Real Socorro, el 25 de julio de 1784, mucho después de terminada la guerra; pero, ya se sabe: las cosas de Palacio, van despacio.

Si he titulado este parágrafo de la conferencia «Solano y Gálvez: un concierto a dos voces» es por la íntima relación que une a estos dos nombres en el contexto general de la guerra de independencia norteamericana. Ciertamente que Gálvez, militar, y sus operaciones en tierra se salen de este tema, pero sería injusto no mencionar, siquiera de pasada, la serie de sus éxitos en campaña: Fort Bute, Baton Rouge, fuerte Charlotte... Gálvez fue ascendido, como premio a sus victorias, a mariscal de campo con solo treinta y tres años.

Con la providencial llegada de cuatro buques de La Habana —es decir, de Solano— entran unos importantes refuerzos y, pese a la ayuda que envían los británicos establecidos en Pensacola, Gálvez toma la importante plaza de Mobile tras cuatro días de combate. Así las cosas, a los británicos no les queda más bastión que Pensacola. Desde La Habana y Nueva Orleans, Gálvez envía a Mobile refuerzos que aseguran su situación, pero que retrasan el ataque a Pensacola. La defensa resulta más fuerte de lo esperado y la aparición de ocho navíos británicos de guerra pone en peligro toda la operación. Pero Solano está en La Habana con su escuadra, que prontamente se hace a la mar llevando además el refuerzo de 1.300 hombres al mando de José Manuel Cagigal. Fondea fuera del puerto y, al hacerlo, bloquea la entrada, con lo cual empieza por cubrir a las fuerzas de Gálvez de toda amenaza proveniente de la mar.

En Pensacola, Solano no pudo lanzarse a la operación de desembarco hasta haber conseguido poner en tierra toda la fuerza y su impedimenta con un mínimo de seguridad, y hubo de esperar. Gálvez ni podía ni quería, y de ahí que se lanzara con un solo barco, el suyo: el *Galveston*; y así, a todos los honores que había recibido pudo añadir el que campeaba en su escudo.

A Gálvez no tardaron en seguirle las fuerzas de desembarco, 1.555 hombres y 700 de una pequeña escuadra francesa que cooperaba en la acción artillera. Este rápido socorro, como escribe Gálvez en sus comunicaciones a Madrid, contribuyó decisivamente al éxito de la empresa. En verdad, el concierto a dos voces entre Solano y Gálvez no había ofrecido ninguna nota disonante.

Reflexión final

Con la entrada de España en la guerra de independencia norteamericana se evitó que los británicos, con sus fuerzas ya desplegadas por toda Florida Occi-

dental y en general por todo el sur, más los refuerzos que se esperaban de Canadá, ejerciesen un control permanente de la cuenca del Misisipí, desde Canadá hasta el Golfo, lo cual, unido a su dominio de la costa este, podría haber hecho que la suerte de la guerra hubiese sido muy otra para las Trece Colonias.

Aun después de terminada victoriosamente la contienda, siguió cooperando en el desarrollo de la nueva nación —dato curioso—, apoyando y garantizando la primera emisión de la moneda norteamericana, el dólar, hijo de la dobla española.

Ciento quince años después, España volvería a encontrarse con Estados Unidos, esta vez en campos opuestos, con una Marina fuertemente impulsada y desarrollada por la joven y ambiciosa nación. Eran otros tiempos y otras formas. El tiempo en que los españoles —como ha escrito el almirante Álvarez-Arenas— no miraban al mar sino, tristemente, a la poca tierra que les quedaba.